

hacia el adversario que poco a poco le iba acorralando, poniendo a descubierto sus vilezas, su pobreza moral, sino el odio hacia el luchador independiente, cuya misma independencia era una continua bofetada a su condición de "vendido", de lacayo de los que pagan bien; y los míseros, los del espinazo doblado sobre el surco, de sol a sol, por nueve o diez reales; los que hemos visto llenar a todas horas la casa, la escalera, el portal del hogar de nuestro gran camarada, bien sabían —ellos mejor que nadie— que en ese hombre de pequeña estatura, de ojos y ademanes vivos, hallaban siempre el apoyo, el consejo, la defensa y hasta el consuelo de una cordialidad sincera, espontánea, sin afectación.

Sí, era natural que lo matasen. Por envidia, por venganza y por temor. Por cuanto ha hecho y por cuanto podía hacer. Pocas semanas atrás, disfrutando con mis hijos de la hospitalidad que tan generosamente brindaba, pudimos ver de cerca lo que significaba Manso en Salamanca. "Esta es la casa de todos", decía sonriendo la compañera ejemplar, que sabía compartir sus afanes, ser, para todos y en todo momento, la compañera de Manso, su prolongación en la cariñosa acogida dispensada a cuantos inundaban aquella casa. En esa "casa de todos", una mujer joven y una nenita, que entretenía a las visitas asegurando en su media lengua: "Soy socialista de "Lalgo" Caballero", estarán ahora solas con su dolor, entre la estulticia y quién sabe si el escarnio de los que, por servilismo, por temor o por venganza, hagan coro con los verdugos del esposo y del padre.

La escalera, cuya muchedumbre en trajes labriegos desbordaba hasta en la acera—los que esperaban poder entrar en "la casa de todos" para recibir el apoyo, el consejo o el consuelo del que no sabía lo que era vivir para sí—, esa escalera se hallará ahora desierta y apenas si, de cuando en cuando, subirá por ella alguna silueta de familiar o de camarada que lo arriesgará todo para llevar un poco de aliento a la viuda y a la huerfanita del luchador asesinado. Pero ya falta menos, ya falta poco, ya apenas nada, para que de todos los ámbitos de las llanuras salmantinas redimidas, de todos los rincones de las montañas asturianas, cuyos mineros no han olvidado cómo Manso, en las horas más terribles de la represión, fué el primer diputado y el primer abogado que acudió en su defensa, el nombre de José Andrés Manso se eleve como un clamor de triunfo.

Y en ese instante, nadie, en absoluto nadie, podrá impedir a los mineros de Asturias y a los campesinos castellanos hacer obra de justicia implacable con quienes, por envidia, por venganza o por temor, han sido, por acción o por inducción, directa o indirectamente, culpables del asesinato de su mejor defensor.

La rebelión de los militares no va enderezada solamente contra el Gobierno democrático y contra la República en España. Es un feroz y criminal ataque de los privilegiados contra la inmensa mayoría del pueblo español.

JEAN CASSOU

Democracia contra despotismo militar

(Síntesis del mensaje de los intelectuales ingleses, publicado el 25 de agosto de 1936 en todos los diarios de Madrid)

Hasta no hace mucho ha sido casi universalmente aceptado que la más noble contribución de los ingleses a la civilización europea era nuestra teoría y, aún más, nuestra práctica de la libertad política y de la democracia parlamentaria. Durante siglos nos hemos sentido orgullosos del hecho de ser un pueblo preeminentemente libre, y de las instituciones inglesas que han establecido la democracia frente a todo intento de poner en lugar suyo cualquier forma de Gobierno irresponsable, militarista o autocrático. Más de trescientos años de nuestra Historia nos ha costado fijar y consolidar esta libertad característicamente inglesa, y unas y otras veces hemos tenido que defenderla contra nuestros propios reyes, aristocracia, jefes del Ejército, y también contra monarcas, dictadores y conquistadores españoles, franceses o alemanes.

Actualmente, en España, un Gobierno constitucional, elegido por el pueblo, es atacado por una Junta de generales, que, con la ayuda de tropas moras, han declarado su intención de destruir la democracia parlamentaria en dicho país y de sustituirla por un Gobierno autoritario y militar de modelo fascista. El Gobierno a quien se combate es un Gobierno liberal y democrático, al que apoyan todos los enemigos de la opresión. Y si durante tantas semanas ha sido capaz de resistir este golpe de Estado militar y la invasión del país por un ejército africano, se debe al hecho de que tiene tras de sí a la gran mayoría del pueblo español, de todas las opiniones políticas.

En cualquier período de los últimos ciento cincuenta años de nuestra Historia, las simpatías de, prácticamente, todas las clases de Inglaterra y las de nuestro Gobierno hubieran estado con el pueblo español, y con su Gobierno, en la lucha que sostiene la democracia contra el despotismo militar y contra el fascismo. Por ello nos preocupa el apreciar, en algunos sectores, incluso de la prensa, el ensayo persistente para desvirtuar y desfigurar el carácter de la lucha. El Gobierno español, debemos repetirlo, es democrático, elegido por el pueblo y, como lo es el nuestro, responsable ante el pueblo; lucha contra el despotismo militar y contra el fascismo; combate por la libertad y por aquello que en nuestro país se ha considerado, durante más de un siglo, como el mínimo estricto de la civilización política.